

José de Gardoqui

*El sentimiento del amor
en nuestros clásicos*



Glosa inverosímil

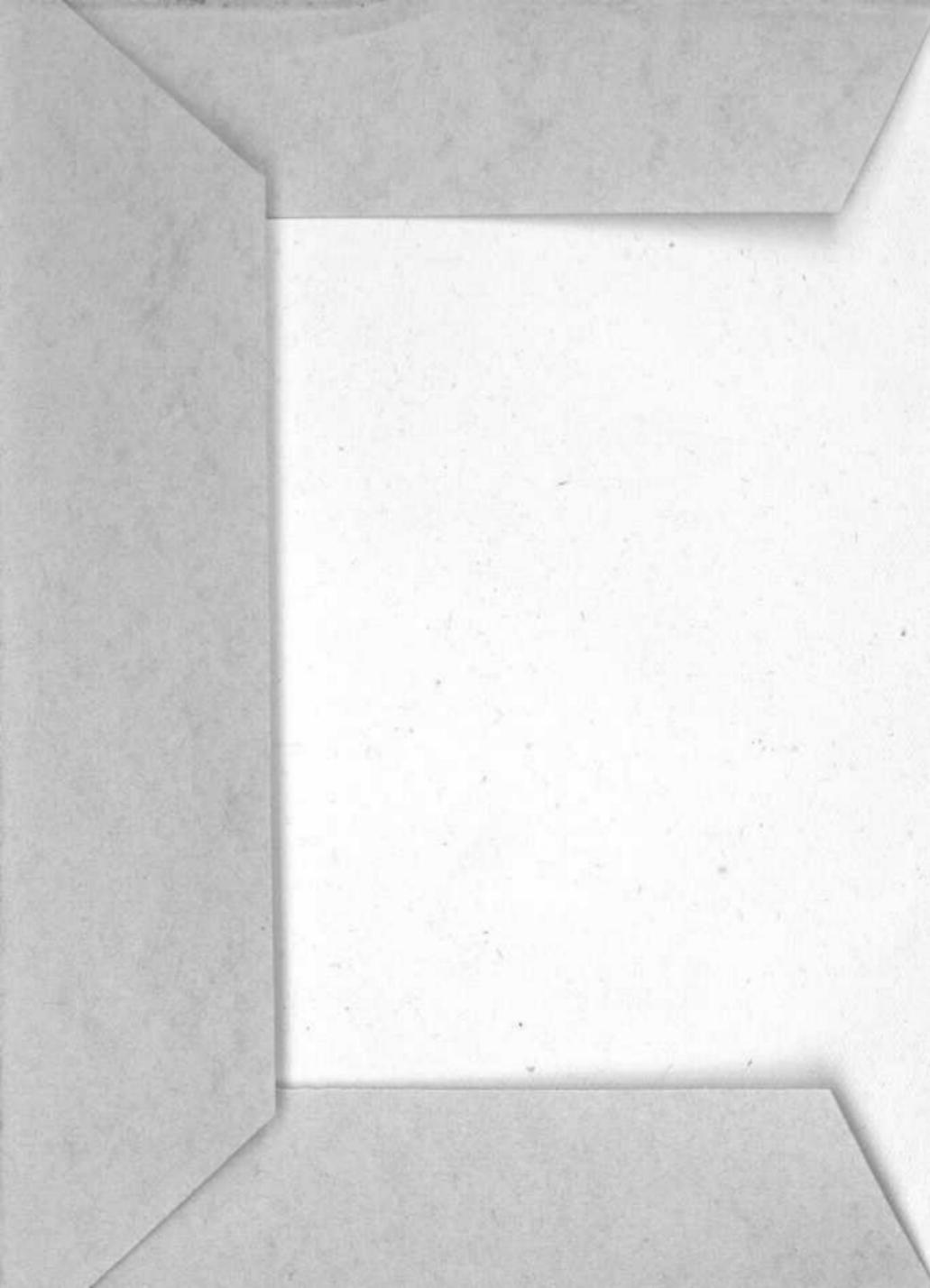
de

Rafael Ferrer Fornes



D u r g o s

1 9 2 8



Dgll
A.

#.177056

C.

De JOSÉ DE GARDOQUI

LA ESPADA ROTA

LITERATURA COLONIAL

LA LITERATURA Y LA GUERRA

En preparación :

CENIZAS SOBRE LA HOGUERA

JOSÉ DE GARDOQUI

*EL SENTIMIENTO DEL AMOR
EN NUESTROS CLASICOS*



GLOSA INVEROSIMIL

DE

RAFAEL FERRER FORNES.



BURGOS
1 9 2 8

PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS

Primera Página

El presente trabajo, lector, es una sencilla y vulgar lectura literaria. De su mérito escaso nada he de decirte pues vas a ser tribunal inapelable.

Amistosos requerimientos me lanzaron a la aventura de leer estas cuartillas ante públicos distintos ¹. Un sentimiento innato en el hombre,

¹ Fueron leídas en el Ateneo Guipuzcoano de San Sebastián el 21 de Enero último, y en el de Burgos el 22 del mes siguiente.

el deseo de perpetuar sus obras y sus días, me lleva hoy a ofrecerte mis palabras impresas cuando sólo quizá merecieron ser arrastradas por el viento al salir de mis labios.

Busqué entre temas diversos el tema del Amor, viejo como el Mundo; enlacé con él la literaria actividad, la forma que encierra la Belleza y que guarda la palabra de los hombres perpetuada en el bronce, en la piedra, en el libro, para enseñanza de las futuras generaciones. Temí parecer retrasado en el presente momento intelectual de España, pero mi onda es corta y mi culpa ha de quedar envuelta en el olvido en esta vida provinciana, franca, noble, familiar y afectuosa, que me rodea.

Muchos repiten hoy que el momento actual se caracteriza por su esencia materialista. No es cierto. Los hombres ponen hoy más que nunca junto al esfuerzo físico sus inquietudes espirituales. Observemos el presente dinamismo de Castilla. Ingenieros y poetas marchan unidos para romper los viejos tópicos. "Castilla no es triste ni callada, ni seria", dicen unos. "Castilla no es pobre ni estéril", añaden otros. "Castilla vive y vibra", confiesan todos. "Trazad ferrocarriles, construid pantanos; cultivad la tierra amorosamente; escribid cosas nuevas con sano optimismo, con abier-

ta y encendida fe y nuestra Castilla surgirá de las cenizas de su historia, de las ruinas de sus castillos, como una hoguera gigante que nos abrase en su fecundo calor". Es verdad. Junto a sus llamas nuevas hemos de movernos; junto a sus llamas crecen en nuestra desconocida llanura centros intelectuales, nerviosos, inquietos, que desean romper los viejos horizontes con el puño cerrado y enérgico de una voluntad indomable.

Estas creencias, firmemente arraigadas en mí, me impulsaron a elegir el tema que os ofrezco. El martillo suena bien en el yunque, pero su batir no ha de ser obstáculo para que el verso vibre en el aire. Amor y literatura existen en el canto campesino, en la carta de amor, en las canciones infantiles. Amor y literatura existen en la fábrica y el taller, en el mar y en el azul infinito de los cielos. El acierto consiste en descubrir las palabras que han de ser para todos un velo de oro sobre nuestros afanes.

Para cumplir mi propósito pretendí analizar en qué forma fué expresado el sentimiento del amor por nuestros clásicos. Escogí para ello algunos, quizá los más representativos: Garcilaso; Fray Luis de León; Lope de Vega; Cervantes.

¿Cómo recogieron éstos en sus versos y en su prosa semejante sentimiento?

De la lectura de sus obras se deduce su nota característica, su impresión personal; amor humano en el gentil caballero; amor divino en el sabio teólogo; amor a la Vida en el Fénix de los Ingenios; amor al Ideal en el Manco Glorioso.

Nada nuevo, pues, puedo decir. Mi lectura está llena de datos conocidos, de cosas por todos sabidas, de tópicos que han de poner espanto en el ánimo de mis buenos amigos los jóvenes poetas de la vanguardia literaria de Castilla ¹.

A todos expreso mi deseo de ser perdonado. Si logro distraerte un instante, lector; si no te canso mucho, me daré por satisfecho, pues, por añadidura, habré renovado tu recuerdo hacia los genios inmortales que colocaron a nuestra Patria en las alturas elevadas de la inteligencia y que hoy nos permiten, al admirar sus obras, sentir un merecido y legítimo orgullo de raza.

¹ Las palabras que dediqué a mis jóvenes amigos de la vanguardia literaria de Castilla, tuvieron una delicada y afectuosa respuesta. Cumpló, pues, un deber de gratitud al publicar aquí, como colofón de mi lectura, la "GLOSA INVEROSIMIL" inspirada en mi trabajo, y que se debe a la pluma brillante de uno de los poetas aludidos.

GARCILASO

Las tropas del Emperador atraviesan Italia: marchan de Nápoles a la Provenza. Es el mes de Setiembre de 1536. Contra ellas avanzan las fuerzas de Francia, prontas a caer sobre Milán.

El sol arranca vivos reflejos de arneses y armaduras. De los caminos elévanse a los cielos tenues nubes de polvo. Rompe la quietud del bello día el fragor de la guerra, y los soldados, sonrientes,

sudorosos y enérgicos, avanzan tras las banderas del César.

Manda la infantería un hombre joven, galante y humanista. Hizo sus estudios en la ciudad imperial; conoce el griego y el latín; sabe hacer versos a la manera de Horacio y su figura fué un día ornato, el máspreciado, de los salones de Nápoles.

Los soldados del Emperador llegan cerca de Frejus. Próxima al sendero, álzase la torre de Muy. De sus almenas parte, seguro y rápido, el fuego enemigo.

Las tropas se detienen; los caballos muerden con rabia los frenos de guerra. La mano del César, la mano fuerte y amplia que gobierna dos mundos, hace rápida indicación.

La furia de los españoles debe caer sobre la fortaleza enemiga. Los grupos prepáranse al asalto; avanzan las filas y sobre ellas cae, en un instante, la ségur certera de la muerte. Pasan con rapidez los momentos; las filas retroceden; tras las almenas cargan de nuevo los franceses sus mortíferos arcabuces.

Un gesto de impaciencia del César empuja a sus hombres con energía. Delante de todos, erguido y noble, como en los bellos tiempos en que re-

citara versos del Petrarca frente al golfo de Nápoles, el maestro de campo de la infantería española avanza rápido, seguro, confiado.

Ya se apoyan con rabia sobre los muros las elevadas escaleras; ya suben por sus peldaños, cubiertos de hierro y temblando de ira, los soldados españoles.

Distanciado de todos, al viento el juvenil cabello de su frente, desnudo de acero el noble pecho, el maestro de campo sube, hacia la victoria o la muerte, para vengar la ofensa enemiga y calmar la impaciencia del Emperador.

Chocan al fin los contrarios afanes; brilla el hierro en lo alto de la torre; callan los arcabuces y dejan plaza a las armas primitivas. De la cumbre al llano caen las piedras buscando un punto, un lugar de reposo; así caen de las almenas los peñascos buscando las frentes enemigas. Una encuentra en su viaje la figura varonil de Garcilaso, y el cuerpo de éste, brutalmente arrancado de su puesto, cae al suelo con fuerza. Pronto rodean al maestro sus amigos; la herida es grave y por ella escápase la sangre, que tiñe de rojo sus vestidos.

Tras el impulso de su jefe, los soldados, ciegos tras la victoria, toman al fin la fortaleza. Al Em-

perador llegan juntas ambas nuevas; el éxito y la mortal herida.

Al conocer ésta, su mano enérgica vuelve a señalar a los suyos el camino del deber: en Muy no ha de quedar piedra sobre piedra y sus defensores serán ahorcados en castigo de su traidora agresión.

Las tropas siguen a poco su camino. El César marcha entre ellas; una sombra de amargura surca su frente; ha perdido hoy a uno de sus más valerosos capitanes.

Pocos días después, en Niza, rodeado de cariñosos y estériles cuidados, Garcilaso expira, y al cerrarse para siempre sus ojos, queda rota la lira que supo cual ninguna traer a España los sonidos dulcísimos de los versos italianos.

Sus amigos han de llorarle con sin igual ternura, pues no en balde supo rendir siempre noble culto a la dulce amistad. Para él, en corona poética, han de ser el llanto de Boscán, la pena del Virrey de Nápoles, el dolor del Duque de Alba.

Valeroso soldado, exquisito poeta, corazón encendido en la llama de un amor imposible, Garcilaso deja en sus versos los más bellos sentimientos de su espíritu.

No canta a la guerra ni a la gloria de las armas,

ni al estruendo mortal de los combates. La época en que vivió fué propicia a enaltecer las figuras de los grandes capitanes, y sin embargo no derramó sobre ellos sus elogios. Garcilaso canta en sus versos al amor, a la naturaleza, a la amistad.

Sus obras están impregnadas de dichos sentimientos. Fué Toledo su cuna en los albores del siglo XVI. De noble abolengo, uníanse en su escudo las tradiciones nobiliarias con las que a los dones del espíritu se refieren. Corría por sus venas sangre de Fernán Pérez de Guzmán y del Marqués de Santillana. La familia de Garcilaso fué como un símbolo de su época. Sus hermanos extendieron el nombre familiar por todos los ámbitos de la vida española. Comunero el uno, profesor en Salamanca el otro, no falta junto a ellos el canónigo ni tampoco el soldado que en Nápoles entrega su vida por la Patria.

Nuestro poeta sigue la tradición cortesana y militar. Combate al lado del Emperador y acompaña a la Corte en sus viajes. Ni éstos, ni la guerra, le distraen de sus pasiones favoritas: el estudio y el amor.

Herido en Olías, embarca después para la isla de Rodas; toma parte en la campaña de Navarra contra los Franceses y viste, por su valeroso

proceder, el hábito de Santiago. La pincelada roja de su cruz señala el lugar del encendido corazón.

Vida semejante no le impide continuar sus estudios ni cultivar sus amistades. Llámanse con orgullo sus amigos Boscán y D. Pedro de Toledo.

Garcilaso brilla en la corte por su ingenio, por su varonil arrogancia, por su prestigioso personal. Su boda con D.^a Elena de Zúñiga no es el episodio de amor que colma una vida entera. Una dama portuguesa, D.^a Isabel Freyre, ha de arrancar de su lira sonos no igualados en la literatura castellana. Lo que la guerra no pudo conseguir ha de lograrlo el cabello de oro de esta mujer, sus lindos ojos, su encanto femenino, que dejó en Lisboa prendado y doliente, otro corazón de poeta: el de Saá de Miranda.

La dama acompaña a la Infanta D.^a Isabel de Portugal, designada para esposa de Carlos V. Garcilaso tiene desde entonces una sola musa y un solo dolor. Quizá también desde esta fecha sólo tiene un modelo y un maestro: Petrarca.

Desdichado en sus amores, nuestro poeta vier-te, en la mayoría de sus obras, el perfume de su alma enamorada. Es el suyo un culto secreto, iluminado y fragante, que como el de muchos gran-

des hombres no llega a ser correspondido. Sus versos van a servir de epitafio, a través de los siglos, a tan grande y desdichado amor.

En las églogas, en las elegías, epístolas, canciones y sonetos, puede seguirse fácilmente la dulce huella de la linda dama portuguesa.

En la égloga primera, las quejas de Salicio y Nemoroso, los dos pastores por el poeta inmortalizados, tienen un común sentir.

¡Oh, más dura que mármol a mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo,
más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas.

Las amarguras de Garcilaso no reconocen ya por sola causa el desvío de su dama. Casada ésta por aquella época, arranca la boda de su amante, frases bellísimas en sus versos.

Tu dulce habla, ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
de tus hermosos brazos anudaste?

En el soneto número X el alma del poeta, en un arranque de brava y enamoradísima ingenuidad, exclama:

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida,
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.

Un viaje a Italia con el Emperador en 1530, proporciona a Garcilaso la serenidad precisa para reflexionar sobre su loco e imposible sueño, pero pronto sus propósitos vense deshechos "con el calor del rayo que salía" de los ojos de la mujer amada, y así en la canción cuarta exclama el desdichado amante:

No vine por mis pies a tanto daño,
fuerzas de mi destino me trajeron.

La vida sentimental de Garcilaso no queda cortada por sus viajes ni por su destierro a la isla del Danubio donde la cólera del Emperador le confina. El sentimiento de la naturaleza vibra en los versos que a esta época se refieren, pero tampoco falta en ellos el recuerdo de su continuo dolor.

Tengo sólo una pena
si muero desterrado,
y en tanta desventura,
que piensen por ventura
que juntos tantos males me han llevado,
y sé yo bien que muero
por sólo aquello que morir espero.

Las amarguras de la ausencia le hacen exclamar entonces:

Muerte, prisión, no pueden, ni embarazos,
quitarme de ir a veros, como quiera,
desnudo espíritu u hombre en carne y hueso.

Ante los reveses de la fortuna, ante los fracasos de su profundo amor, el abatimiento de Garcilaso hácele suspirar por la muerte que, rompiendo las envolturas míseras de la carne, le permita volar en espíritu al punto donde reside el objeto de sus amores.

Libre al fin, reanuda su vida anterior y marcha a Nápoles junto al Virrey D. Pedro de Toledo. Allí prosigue sus estudios humanistas; allí engarza su viva simpatía en el trato de sus fervorosos amigos. Mario Galeota, poeta y gentil hombre, enamorado de Violante de Sanseverino, le pide unos versos para ésta y Garcilaso escribe una maravillosa canción, eco tal vez de sus propios dolores.

Un triste acontecimiento hace brotar de su lira las frases más apasionadas.

Isabel Freyre ha muerto. La égloga 1.^a y el soneto n.º X dan clara muestra de su profundo pesar. Aquélla es un delicado homenaje a la mujer tan dulcemente amada, y del alma del poeta escápase rico manantial de dulce poesía.

Elisa ha sido “antes de tiempo dada a los agudos filos de la muerte” y Nemoroso, su enamorado pastor, expresa así su pena:

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí, como colgada,
mi alma doquier que ellos se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio el oro
como a menor tesoro
¿adónde están? ; ¿adónde el blando pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra
por desventura mía,
en la fría, desierta y dura tierra.

Salicio y Nemoroso glosan así en esta égloga los dos hechos principales de la historia sentimen-

tal de Garcilaso: la boda y la muerte de D.^a Isabel, y como ritornello amargo y triste repitiese sin cesar el sentido verso:

salid sin duelo, lágrimas corriendo

En el soneto n.º X repítese análogo tema:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía/
y con ella en mi muerte conjuradas.

Otros versos hacen, quizá, referencia a una posible visita a la sepultura de D.^a Isabel, y en una inmortal epístola dirigida a Boscán, fecha Garcilaso sus versos en el dulce mes de Octubre, “en la tierra do nació el claro fuego del Petrarca y donde están del fuego las cenizas”, es decir, en Aviñón, la tierra en que nació la dulce Laura.

Nuevas empresas militares, nuevos viajes, empujan a Garcilaso a un nuevo amor: el de una bella y desconocida dama napolitana. Para ésta tiene el poeta también versos fervientes, dulces palabras, dolor de ausencia. A pesar de lo sufrido, vuelve al amor con esperanza, pero tal vez en sus poemas de esta época confunde Garcilaso los dos amores de su vida, en un único y profundo amor.

No faltan, no podían faltar, al caballero, los recuerdos de la Patria lejana, del dulce Tajo, de la imperial Toledo, ni tampoco los testimonios perennes de su fervoroso culto a la amistad; pero la nota característica, el eco mil veces repetido, el tema constante, es el amor, el amor que no pudieron arrancar de su alma glorias militares, ausencias, heridas, ni destierros. Así puede decir en la égloga tercera dedicada a D.^a María Ossorio de Pimentel:

Entre las armas del sangriento Marte
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté del tiempo aqúeste breve suma
tomando ora la espada, ora la pluma.

Pluma maravillosa que describe con inmortal acento aquella soledad amena del Tajo, aquella espesura de verdes sauces “toda de hiedra revestida y llena”, donde cuatro ninfas tejen sus bordados y donde, por última vez, resuena el nombre de Elisa, cuyo recuerdo queda así enlazado, desde el primero hasta el postrer instante, en la obra total del poeta.

Sería empresa fácil seguir paso a paso la huella del amor en todas sus obras. Prescindamos de los recuerdos de sus amigos, de los elogios a sus protectores, de las dulces remembranzas de la pa-

tria, del sabor clásico de sus versos. En todos, en casi todos, la dulce sombra de la mujer amada figura tras su bellísimo tejido. Garcilaso es el poeta del amor, del amor recatado puro y honesto.

Su obra está impregnada de tal sentimiento y es recogida en herencia por los poetas posteriores que siempre han de tomarle por modelo cuando quieran dedicar a una mujer las dulces frases que su belleza les inspire...

La sangre de Garcilaso cubre su noble figura en el combate en que cae herido para no levantarse más; su sangre, cuyo símbolo es aquella cruz de Santiago ganada noblemente en los ejércitos del Emperador y que al cubrir su corazón, encierra, bajo un piadoso epitafio, un ramo de rosas cuyo perfume llega a nosotros a través de los tiempos y a través de las páginas inmortales de la literatura castellana.

El poeta muerto ha legado su herencia y ésta ha sido recogida con sincera veneración. Los poetas de hoy le saludan como a maestro y uno de ellos, fervoroso y emocionado, exclama ante su recuerdo:

¡Si Garcilaso volviera
yo sería su escudero,
que buen caballero era!

FRAY LUIS DE LEÓN

“Era por el mes de Junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios cuando Marcelo... después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de una granja que... tiene mi monasterio en la ribera del Tormes... Es la huerta grande y estaba entonces bien poblada

de árboles, aunque puestos sin orden, mas eso mismo hacía deleite en la vista y sobre todo la hora y la sazón... Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas... y más adelante y no muy lejos se veía el río Tormes... El día era sosegado y purísimo y la hora muy fresca..."

Así comienza Fray Luis de León su maravilloso libro "De los Nombres de Cristo". Al sonido de la rica prosa responde el eco de la honda poesía y la pluma del poeta traza con seguro rasgo la misma quinta de La Flecha:

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto,
y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura,
y luego sosegada
el paso entre los árboles torciendo
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido

los árboles menean
con un manso rüido
que del oro y el cetro pone olvido.

En estas y en las otras palabras queda perenne y viva la nota característica de la obra de Fray Luis: Serenidad. Serenidad en la contemplación de la naturaleza; en las luchas universitarias; en las prisiones y procesos; en el penoso forcejeo contra la envidia de muchos de los que le rodean.

Fuerza interior que le proporciona su inquebrantable fe y le hace exclamar en "Los Nombres de Cristo": "que el daño si viniera no conmueve esta roca; y la afrenta si sucediere, no desquicia esta torre; y las heridas, si golpearan, no doblan a este diamante".

No es la suya una filosofía pagana. Su estoicismo no es negativo. Sabe bien que por encima de las luchas terrenales espérale la gloria inmortal y que aquel cielo azul que se refleja, con su puro color, en las tranquilas aguas del Tormes, es trasunto fiel de la inmortal morada:

morada de grandeza,
templo de claridad y de hermosura

a la cual el alma, libre de los lazos de la carne, ha de correr un día. ¡Qué pueden importarle las

prisiones de los hombres!, si sabe que no muy lejos, en un día próximo, podrá romper todos los hierros y saciar de una vez para siempre la infinita nostalgia que sus versos reflejan al decir:

¡cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo!

Un libro, bien conocido por él; un libro al cual debe sus más resonantes triunfos, y también sus más amargas persecuciones, le ha proporcionado la calma precisa para el triunfo: la Biblia. En ella encuentra la fontana pura que nutre su espíritu y en ella vela sus armas para el combate terrenal.

Sus estudios le colocan entre las rencillas universitarias; su saber de maestro, admirado por sus discípulos como milagrosa realización, le proporciona la envidia de muchos, y cuatro años de cárcel en las prisiones del Santo Oficio de Valladolid trazan sobre su frente la corona del mártir.

Su vuelta a Salamanca tiene todos los caracteres del triunfo y, al comenzar de nuevo sus lecciones en la cátedra, la conocida frase: "decíamos ayer", pone de manifiesto esa serenidad de su alma que le mantiene en pie, erguido y noble, como los altos torreones de la ciudad.

Ha borrado con unas sencillas palabras la pasada amargura; olvida y perdona; reanuda su quehacer de otros días con la calma de siempre, calma que nuevos odios pretenden romper de nuevo, al intentar envolverle en otro proceso.

Su espíritu flota sobre todas las miserias, y si su mirada se detiene para gozar de la contemplación de las obras de la Naturaleza, es porque sabe bendecir la mano de quien las creó; la mano que le marca su camino y su fin.

Su gloria ha llegado a nosotros transformada; para el espíritu moderno, tiene menos valor su prosa que su poesía; para la época presente, es sólo un lírico gigante, no un sabio teólogo, pero en esta teología, que tan bien conoce, en los libros sagrados, en los cantares de Salomón, en las desgracias de Job, encuentra su dureza de diamante, en cuyas desnudas aristas estréllase la adversidad.

Así puede decir de él D. Miguel de Unamuno, fino paladar de la vida salmantina:

En silencio Fray Luis quédase solo
meditando de Job los infortunios
o paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.

Nombres de paz y amor con que en la lucha
buscó conforte, y arrogante luego

a la brega volvióse amor cantando
paz y reposo.

El rasgo característico de la obra de Fray Luis puede hallarse en su prosa y en sus versos. La gloria de Dios, la confianza en El, la fuerza que su fe proporciona a cuantos le aman, es motivo constante de sus trabajos literarios, y si la vida que le rodea, si la vida penosa y amarga llena de luchas, ha de desasirle de la tierra, ¿qué tiene de extraño que busque en la paz del campo, en las delicias de la virtud, en las excelencias de la soledad, la calma que constituye su más rico tesoro?

Sus oídos saben cerrarse "al mundanal rüido" y cuando, por fortuna para él, escucha la música del ciego Salinas, su alma, en éxtasis, sube a la altura en la oda maravillosa que le dedica y en la cual, según Menéndez Pelayo, "encuéntrese la escala que forman las criaturas para que el entendimiento se levante de la contemplación de ellas a la de la suma increada belleza".

Los acentos con que Fray Luis canta el amor divino no tienen acaso el sabor de las frases de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Su mística es, si así puede llamarse, una música humana. La luz que desciende del cielo al corazón no vuelve

al cielo sin iluminar dulcemente los contornos de la cárcel terrena: el huerto y la fontana, las orillas del Tormes; los árboles, las flores...

Junto al eco humano de los versos escúchanse el rumor de los versos de Horacio y las palabras de los escritores bíblicos. No es preciso descender a la quintaesencia de las cosas para cantar a Dios. Ellas tienen sobrada poesía para ponerle de manifiesto si el alma que las contempla sabe gozar de su íntima dulzura.

Mil ecos repetidos de divino amor permiten exclamar a Fray Luis:

Alaba ¡oh alma! a Dios. Señor, tu alteza
¿qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
y luz resplandeciente.

Encima de los cielos desplegados
al agua diste asiento,
las nubes son tu carro, tus alados
caballos son el viento.

Palabras inmortales, sencillas, castellanas. Palabras sin complicación alguna, son éstas del altísimo poeta. ¿Para qué otras? ¿Para qué otras ideas si el genio de Fray Luis sabe comunicarles, merced a su profundo amor, un hálito inmortal?

Trazo de amor firme y seguro en la obra de Fray Luis, huella divina en su prosa y en sus versos, nostalgias y cuidados, todo se funde en unas cuantas palabras que son como galope de estrellas en la noche tranquila, murmurar de la fuente, correr del Tormes, manso ruido de la fresca arboleda.

Las manos de Fray Luis acarician la obra del Amado, su lengua recoge el tesoro musical de Castilla, su inteligencia profundiza en los libros antiguos, y lengua y manos e inteligencia dirigen al cielo, empujado por la energía de su fe, el cántico maravilloso del creyente, la flecha que ha de clavarse en el centro de la Divinidad, gozosa de haber sabido crear alma semejante que ansía escuchar, por fin, tras la lucha diaria, la música increada, la música cuyo remedo terrenal es la música del ciego Salinas y a cuyo sonido el espíritu:

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música que es de todas la primera.

Del puerto de Lisboa parte el 29 de Mayo de 1588, aquel grupo de buques que Felipe II preparó y armó para luchar contra su más poderoso enemigo.

La Armada Invencible leva anclas con rapidez; los bergantines y galeones ponen proa al amplio mar azul y los gritos de la marinería, confundidos con los ruidos de grúas y cadenas, seme-

jan el rugido de un monstruo al despertar.

Pronto se cubre el horizonte de lejanas y borrosas siluetas de embarcaciones. El viento próspero empuja las velas y la segura confianza en el éxito a los hombres.

A bordo del galeón San Juan embarcó un joven. Lleva poco equipaje. Muestran su afición libros y papeles que lleva consigo en cantidad exigua. Su mirada, en el momento de partir, se detiene un instante en el rostro de una mujer llorosa y entristecida que le despide. Un romance cantará más tarde la tristeza de esta despedida:

De pechos sobre una torre,
que la mar combate y cerca
mirando las fuertes naves
que se van a Ingalaterra
las aguas crece Belisa
llorando lágrimas tiernas...

Belisa es D.^a Isabel de Urbina y Alderete, hija de Diego de Ampuero, regidor de Madrid y rey de armas de Su Católica Majestad. El joven por quien ella suspira y llora es Lope Félix de Vega Carpio, nacido en la Corte en el año 1562.

Pocos días pudieron ambos disfrutar de su amor. Belisa ha sido raptada por Lope en el mes de Febrero. Casados por poderes el 1º de Ma-

yo, el amplio mar les separa pocos días después.

El viajero ha probado, no ha mucho, el amargo sabor de la pérdida de libertad. Apenas cumplidos los 17 años, la belleza de la linda Elena de Osorio, esposa e hija de comediantes, cautivó su corazón. Pasaron los meses y los años; la vida ofrecía a Lope las ricas mieles de la edad juvenil. El amor era como un fruto sabroso gustado con ansia y con delicia. Un rival afortunado se interpuso, no obstante; unas sátiras brotaron de la pluma de Lope y la prisión fué el epílogo triste y doloroso de su primer amor.

Confundido entre la marinería, atento al bullir de sus ideas más que a la marcha de la expedición, usando como mesa y asiento los rollos de cuerdas de su buque, Lope compone *La hermosura de Angélica*. Noches serenas y estrelladas, bellos días de estío, lento caminar de los galeones sobre las aguas tranquilas. Cerrados los ojos al ambiente que le rodea, atento sólo a su obra, el poeta compone las octavas reales que narran las aventuras de Angélica y Medoro.

De su equipaje exiguo utiliza papeles llenos de versos. Son los poemas de su juventud dedicados a Elena de Ossorio y sírvenle de tacos para su arcabuz.

Estos primeros pasos en la vida son símbolo clarísimo de todos sus afanes.

El fruto sabroso del amor será con frecuencia por él saboreado y la vida gustada con sus mieles y con su amargura.

Horas de paz y de calma en Alba de Tormes al lado de Belisa; nuevo amor de Camila Lucinda, segunda boda con Juana de Guardo. Son estas nupcias un alto en la marcha. En Madrid, en la calle de Francos, "entre librillos y flores", Lope ve trascurrir días felices, pero la desgracia cae de nuevo sobre su hogar y le deshace... Y prosiguen la vida y la lucha. Si el desvío o la muerte apagan un amor, pronto surge otro. Las compañías de comediantes tienen bellas mujeres; en sus labios puede gustarse el delicioso licor, y Lope apura, una tras otra, las delicias de sus nunca interrumpidos amores.

Los años van pasando y, cerca ya del ocaso de su vida, Lope deposita su corazón en los brazos de Marta de Nevarés de Santoyo:

Aquella cuyos ojos
verdes de amor centellas,
músicos celestiales,
Orfeos de almas eran...

Centellas que se cerraron para siempre más

tarde merced a una ceguera repentina de aquella mujer a la cual el poeta canta con el nombre pastoril de Amarilis.

En este continuado amar, en este no interrumpido deseo, la obra surge fecunda, monstruosa, inmortal. Setenta y tres años dedicados al amor, a la poesía, al teatro; larga vida en la que nunca ha de faltarle el amoroso cuidado de saborear sus frutos, ni el refugio religioso de las órdenes sacerdotales.

La desgracia no le abandona, sin embargo, y la ceguera de Amarilis, la muerte de un hijo, el rapto de una hija, entregan a Lope en brazos de la muerte.

El Duque de Sessa, su amigo, costea el entierro. La corte entera se une a tan hondo pesar y unos ojos de mujer, Sor Marcela de San Félix, hija de Lope, le llora en silencio tras las rejas del convento de Trinitarias.

Si la vida es multiforme y variadísima, la obra responde al mismo sentido.

Amores y desgracias; pecados y arrepentimiento; horas de estrechez y de opulencia; amigos fervorosos y enemigos enconados y... mientras tanto, romances y comedias, poesías religiosas, canciones profanas, van surgiendo de la pluma de

Lope sin un instante de reposo. De las novelas pastoriles y de aventuras, el Fénix de los Ingenios pasa a las Novelas cortas, dedicadas a Marcia Leonarda, la mujer de los ojos bellísimos; de las narraciones mitológicas a las obras didácticas; y de la lírica profana de las églogas a Filis y Amarilis, a las Rimas Sacras y los triunfos Divinos...

Lope lo abarca todo, lo conoce todo: la teología, la jurisprudencia, la filosofía, las bellas artes. Utiliza para su obra la Biblia y las leyendas caballerescas; los cantarillos populares y la historia clásica; las narraciones italianas, pletóricas de amor, y las rudas y trágicas historias y leyendas de la crónica general, henchidas del fuerte sabor del Romancero.

Su teatro es variadísimo, como su vida. Sus obras nacieron “desde los 12 años” “de a cuatro actos y de a cuatro pliegos” y en un arranque de arrogancia el poeta confiesa que:

más de ciento en horas veinticuatro
pasaron de las musas al teatro...

Maestro en recoger el encanto poético y naturalista del pueblo; maestro al crear su inmensa galería de tipos femeninos, Lope, “al alzarse con la monarquía cómica”, según afirma Cervantes, crea la base firme, imperecedera del teatro moderno.

Si el amor a la mujer le cautiva, el amor a la Patria le conquista, y de las horas bellas de lucha, del ruido de atambores, de las consejas milenarias, extrae el rico jugo de: *Las famosas asturianas; El casamiento en la muerte; El mejor Alcalde el Rey; La estrella de Sevilla; Fuente Ovejuna*. El soplo de la vida, el soplo que enciende sus amores y sus estudios, conduce su pluma fecunda y la Fama extiende sus alas sobre su frente al mismo tiempo que sus trompetas de oro repiten su nombre sin cesar. La barquilla del humano destino no se detiene un punto. Salta del arrepentimiento al amor y el buque que conduce al alma hace frente a todas las tempestades.

Por amor a la vida se goza en los escollos y peligros y el ligero esquife salta sobre las olas como juguete de ellas.

No faltan instantes de cordura, momentos de honda meditación, y la pluma incansable escribe entonces:

¡Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas, desvelada
y entre las olas sola!
¿A dónde vas perdida?
¿A dónde, di, te engolfas?

Desde el amor humano pasa al divino y en un instante de recogimiento brota el himno creyente:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?

El poeta confiesa al dulce doctor de Galilea su fe y al mismo tiempo la dureza de su corazón, yedra fuertemente agarrada al árbol de la vida.

¡Qué difícil, qué penoso, abandonar las cosas tan amadas! ¡Qué triste destino ver cerrarse para siempre los ojos de Amarilis!

Aquella cuyas manos
de vivo azur compuestas,
eran nieve en blancura,
cristal en transparencia,
cuyos pies parecían
dos ramos de azucenas,
si para ser más lindas
nacieran tan pequeñas.

El eco de las canciones del pueblo resuena también en el corazón de Lope. Para éste todo tiene benévola y cariñosa acogida; la mortal venganza de los pueblos que castigan a los malos corregidores, y el carácter enérgico, duro y ven-

gativo de Peribáñez, ante la ofensa inferida a su honor por el Comendador de Ocaña.

La luz del genio alumbra profundamente los humildes rincones y cuando, en éxtasis divino, elévase a los cielos, no olvida tampoco su carácter humano.

Así exclama al referirse a la Madre de Dios:

Serrana del Almudena,
¿cómo siendo tu hermosura
de nieve tan blanca y pura
tienes la color morena?

El tesoro poético de Lope es inagotable, y si de las joyas dramáticas pasamos a las canciones y letrillas encontraremos siempre su sentimiento primordial: el amor a la vida, el ansia de amar, el deseo de belleza.

Nada importan los divinos pensamientos, ni las frases ternísimas dedicadas a las puras creencias. La carne es débil y el espíritu decae ante la contemplación de unos lindos ojos de mujer.

En sus obras es Lope grande e inmenso; es el genio que atraviesa los límites de la humana inteligencia, pero en los versos populares, en las canciones que transforma, percíbese el aleteo ténue de la ingrávida mariposa del deseo que recoge de todas las flores su perfume.

En el rico panal de Lope queda así de modo perenne el fruto de su vida entera; vida de amor y de deseo, de ansia y de locura, vida que sufre y goza, que confía, reza y espera, vida que lucha y que fracasa y que conoce bien el origen de su continuo pelear.

La llama que los ojos de su amada despiden es luz que ciega su deseo y loco de amor conoce no obstante el lugar de su perdición.

Madre, unos ojuelos vi
verdes, alegres y bellos.
¡Ay, que me muero por ellos,
y ellos se ríen de mí!

... ..
¿Quién pensara que el color
de tal suerte me engañara?
¿Pero quién no lo pensara
como no tuviera amor?

Madre, en ellos me perdí
y es fuerza buscarme en ellos.
¡Ay, que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!

MIGUEL DE CERVANTES

En el humilde aposento, cerca del lecho, la mano de quien escribe rasga con ligero temblor el papel. Tras los primeros renglones queda escrita una copla antigua que comienza:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte...

Forman las palabras la dedicatoria de un libro; encabeza el escrito un nombre; siguen des-

pués unos títulos: Conde de Lemos, de Andrade, de Villalba, marqués de Sarriá...

Las letras, un poco desiguales, continúan..... "ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan..." La pluma se detiene un punto, prosigue luego, y al final stampa la fecha: "Madrid a 19 de Abril de 1616 años..." y la firma.

Miguel de Cervantes termina la dedicatoria de su obra, *Los trabajos de Persiles y Segismunda* al Conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro.

En estas últimas palabras escritas, Cervantes ofrece a su protector una prueba más de su agradecimiento y de la grandeza de su alma. Desea vivir para verle de nuevo; desea vivir para ofrecerle nuevas obras.

El propósito no puede cumplirse. La mano temblorosa queda yerta para siempre el 23 de Abril, pocos días después de escribir, por última vez, al dirigirse a su Mecenas: "criado de Vuestra Excelencia".

Ha terminado una vida mortal, pero comienza un vivir gigante e imperecedero.

Un fúnebre cortejo, pobre y humilde, da tierra

a los restos de Cervantes. De la ceremonia no queda lápida, inscripción ni memoria alguna: ¡nada importa! pues los futuros siglos han de grabar, de modo indeleble, en el corazón de millones de seres el nombre augusto de quien goza desde aquel día la paz eterna en un lugar humilde y escondido.

Uno de los biógrafos del prosista inmortal escribe, al referirse a su carácter, "como no sabía darse valor de otro modo que con sus producciones literarias, ni hacer corte con otra cosa que con su mérito, era incapaz de seguir la fortuna y de alcanzarla y así no dejó otra herencia que sus obras".

¡Herencia sobrada, pródiga y fecunda para cientos de generaciones!

He aquí, en pocas palabras, el reflejo de la vida entera de Cervantes. Pretende seguir la fortuna y alcanzarla, mas no lo logra en vida. La muerte es el hada madrina que sólo en el sepulcro ha de ofrecerle la gloria que siempre soñó.

La adversidad, en cambio, le persigue desde la cuna. Desde los primeros días del mes de Octubre de 1547, en Alcalá de Henares, hasta los prostreros de su continuo luchar, Cervantes encuentra escasos puntos de reposo. Sigue a su familia en las penosas peregrinaciones a que se ve

obligada en busca de más favorable situación, y conoce desde niño el dolor. Su entusiasmo por las letras le sostiene en los trances adversos y su mirada inteligente profundiza pronto en los amargos fondos de la vida.

La gloria de las armas le atrae después y en Italia se alista bajo las banderas de su Patria. Nuevas perspectivas se abren ante él. Atrás quedan las ilusiones literarias; el entusiasmo por la poesía; las esperanzas de su maestro López de Hoyos por "su más amado discípulo".

La suerte adversa no es fácil de burlar. Lepanto es, sí, la más memorable ocasión que vieron los siglos, pero es también el sufrimiento, las heridas, el dolor. Nuevas campañas, nuevas empresas y más tarde el cautiverio. Cárcel miserable guarda el cuerpo de quien soñó con la gloria militar. Su alma no queda cautiva y en un afán sin tregua el espíritu prepara, unas tras otra, fracasadas tentativas de evasión.

La libertad llega al fin después de seis largos años de espera. Es la vuelta a la Patria y a la lucha. Será desquite en la mala fortuna el amor a la poesía y a las letras. Surge *La Galatea*, pero la obra, tan amada, no mejora la situación del poeta. La existencia es difícil, el arte rinde

poco, las necesidades aumentan. El matrimonio con D.^a Catalina Palacios de Salazar, no proporciona a Cervantes la calma que desea. Es preciso volver a luchar y una nueva tentativa comienza: el teatro. Las comedias, los entremeses le proporcionan momentáneo alivio, pero el desencanto llega también en esta hora.

Sevilla y Andalucía sirven de escenario a las nuevas actividades de Cervantes, actividades y negocios que terminan con un nuevo y peor cautiverio.

Así prosigue la penosa vida y por si fuera poco la sangre del caballero Gaspar de Ezpeleta mancha por último su linaje.

Por aquella época estaba ya concluída la primera parte del *Quijote*; obra cumbre, obra inmortal, reflejo acaso de la lucha de su autor contra las realidades penosas del vivir cotidiano.

El triunfo resonante, el triunfo que proporciona la gloria y el bienestar, no llega nunca. Ni las novelas, ni los versos, ni el teatro, dieron fama y provecho a Cervantes.

La gloria militar tampoco fué por él alcanzada; las campañas posteriores a Lepanto concluyen con el cautiverio; la petición de recompensa fué desoída por quien debió escucharla. Los co-

metidos de comisario para proveer a la Armada Invencible fracasaron con ésta y los empleos últimos terminaron de modo lamentable.

El desengaño de las primeras ilusiones poéticas queda expuesto en estos versos del "Viaje al Parnaso".

Yo que siempre me afano y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el Cielo...

La crítica de los contemporáneos persigue a Cervantes casi hasta su tumba, y Lope en 1604 lanza contra él su diatriba, pero la obra cumbre había salido a la luz en 1605; la obra forjada en el dolor y en la amargura, la obra que refleja en su rica prosa la lucha de una vida entera.

Alonso de Quijano atraviesa por vez primera el campo de Montiel. El genio que le da soplo vital asegura fué su deseo "poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías", pero Cervantes, como dice Menéndez Pelayo, en lugar de matar un ideal le transforma y enaltece. El *Quijote* eleva los casos y los hechos de la vida real y familiar a la dignidad de la epopeya; vida real y familiar del autor desdichado que arran-

ca de su alma toda su amargura para crear al hijo imperecedero.

Este es el símbolo del amor de Cervantes; amor al ideal, a la justicia y al bien. No importa que el *Ingenioso Hidalgo* fracase y luche y sufra burlas y apaleamientos. ¿No es acaso esto la vida de cuantos sacrifican a una idea sus más caros afectos?

Cervantes luchó mucho, sufrió mucho, fracasó mucho. Su concepto de la vida y del mundo había de ser el de un continuo batallar. Por eso su héroe es un perfecto luchador, enamorado de una ilusión imposible.

La vida se encarga de ofrecernos su triste realismo después de los engaños que las ilusiones nos ofrecen; ella convierte los gigantes en molinos; los castillos en posadas.

¡Quién de nosotros no soñó así en su vida a lo largo del áspero camino!

Los encantadores no existen; es la vida misma quien se encarga de los burlescos cambios. Cuanto más se sueña más brusco es el despertar y, si el sueño es el bien, nunca faltan, al volver a la realidad, las pedradas de los galeotes sobre nuestra cabeza.

Seguir paso a paso las aventuras del dolorido

Hidalgo sería tanto como haceros recordar la obra entera.

Al final de ésta, D. Quijote tórnase cuerdo, ¡al final de la vida, cuando quizá comprende cuanto contiene!

No existe en las obras de Cervantes acento más profundamente humano que éste. Quizá sin proponérselo logró reflejar sus desengaños. El hidalgo cruza los senderos y los montes; a su lado viven gentes discretas, asombradas o bur-lonas de su locura, pero próximo a él marcha siempre Sancho, espíritu práctico, alma sencilla, que tiene y busca también su ideal—el gobierno de la ínsula, el mando, el poder, el oro—y que cree de buena fe que con la locura de su amo podrá lograr cuanto desea.

Si el *Quijote* rompe las fronteras, pasa los mares y se adueña de las almas, es por ser un reflejo exacto de la vida misma, de la vida de todos los hombres. ¡Cuántos de nosotros no habremos tenido en nuestras modestas horas cotidianas un débil reflejo de alguna de las innumerables empresas del hidalgo inmortal! Cervantes no canta con agrado ni el amor ni la guerra. Cervantes canta la lucha y el fracaso y sabe poner en éste, para consuelo propio, para con-

suelo de cuantos seres le leen y comprenden, un enredo burlesco y el rayo de sol que desde el cabello de oro de Dulcinea se refleja en el yelmo de Mambrino.

¡Amor al Ideal! ¡Grande y profundo amor! Toda la vida, toda la lucha, es yunque donde se forja la obra definitiva. Los cambios de profesión, las ilusiones nuevas, no son sino continuas aventuras que malandrines y encantadores se cuidan de trocar en desengaños.

Sólo un genio como el de Cervantes, entristecido y fracasado, pudo crear un héroe así... Frente a frente los dos hidalgos, ¡cuántas cosas pudieran decirse!

La sangre que corre por las venas del hijo es llanto del padre; la fe del uno fué antes fe del otro y el nervio de ambos, la entereza en la adversidad, es el lazo de unión más fuerte entre un autor y su obra.

Jacinto Benavente en *La losa de los sueños* afirma que la vida se encarga de dejar caer toda su pesadumbre sobre las rosadas ilusiones, pero que es preciso hacer que se escapen de su peso los ricos tesoros de nobleza que el alma humana encierra. Así Cervantes deja caer sobre D. Quijote el fracaso como un manto de plomo, pero so-

bre él queda libre el ensueño, la herencia común de todos los hombres, la antorcha que ilumina la noche, la estrella que alumbra nuestra esperanza.

¡Lisiado de Lepanto, cautivo de Argel, hombre bueno, tu obra nos inunda de luz!

¡Bien supiste grabar en ella tu amor más profundo! Un estremecimiento sin igual se percibe a través de sus páginas. Estas son lección de maestro y por ellas los tristes, los desengañados, los que sueñan y los que sufren, pueden tenerse aún en pie, con el acero desnudo en la diestra, ante la jaula de los leones.

A través de los siglos y las edades un eco nuevo te responde. En tu idioma nativo, Rubén, el poeta americano, hijo de la epopeya y del ensueño, reza así a Nuestro Señor, D. Quijote:

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

GLOSA INVEROSIMIL

a manera de EPÍLOGO

INICIAL

¿Glosa?... ¿Epílogo?... Lo que quieras, amigo lector. ¿Qué más da?...

* * *

La cincelada conferencia que acabas de leer tuvo un momento de vida plena, de intensa manifestación, en que llenó, con su ritmo amplio y

cordial, la receptividad, un poco disipada, de un público atento y cariñoso.

Este momento pasó. Mas antes que se desvaneciera del todo, yo sentí la necesidad de grabarlo en una ligera impresión, inverosímil como mía; pero llena de sugerencias personales y trazada en diapasón y cromatismo de última hora provinciana.

A pesar de permanecer inédita, llegó a noticia del conferenciante, quien — al conocerla — mostró el deseo de que fuera esa impresión el epílogo obligado en la edición de su conferencia.

Al principio, pensé que debía negarme a su requerimiento amistoso y hasta halagador: Me parecía una monstruosidad romper con un acorde tan dispar la cadencia grave y seria—de sinfonía clásica—del texto de su interesante disertación.

Mas luego—veleta humana al fin—creí, por el contrario, que yo debía brindarme a ello con la mayor devoción: Se me figuró que no era lo más gentil que la hermosa conferencia fuese sola, que necesitaba—con necesidad íntima y visual—que tras sí hubiera algo que marcara para siempre a donde llegara, el esbozo crítico del instante de su máxima virtualidad como conferencia

y de su más alta valorización como acto público.

Consecuencia de esas figuraciones mías son estas líneas y lo que sigue, que tú vas a juzgar como gustes.

¿Glosa?... ¿Epílogo?... Como quieras, lector.
¿Qué más da?...

S O M B R A

Toda posibilidad—una conferencia es una posibilidad fehaciente—comienza por ser una sombra.

La conferencia del señor Gardoqui fué, pues, en el principio, una sombra.

* * *

La sombra, cuando se acerca, se agranda, crece, se espesa, toma casi consistencia....

Así la conferencia del señor Gardoqui, ayer, a las siete, era una sombra casi maciza, todo lo maciza que una sombra puede ser.

Y llenaba el hueco sanguinolento del teatro que, como en el tango de moda, estaba a media luz.

* * *

A la tenue claridad, las butacas seguían ofreciendo su ademán antropófago. Y en la soledad callada de la media sandía sin corazón, en vuelo fantasma, se adivinaba la presión ingravida del título pomposo, delicuescente, sugestivo: *El amor en los clásicos*.

* * *

Una piel gris rompió el maleficio. Unos pasos en lo alto rasgaron la quietud. Y la sombra entonces, incomprendida, agreste, rebotó desde la piel a los pasos, desde los pasos a la piel.

Era un comienzo de proyección sin proyección.

Las butacas comenzaron a deglutir. Una tras otra fueron hartas muchas. Otras pocas quedaron en el bostezo inicial de su esperanza rota. *El amor en los clásicos* desde este momento contó con un cierto número de enemigos declarados. Estamos seguros de ello, porque varias crujieron de indignación.

* * *

La sombra comenzó a titubear. Fué replegándose cariacontecida hacia el escenario y al abrirse la puerta de la decoración para que pasara el conferenciante y la presidencia, hizo un mutis atropellante, espectacular, dejando en su lu-

gar — maravillosa metamorfosis — el gesto modesto y atractivo, con tembloteo de cristal esmerilado, del señor Gardoqui.

* * *

Pausa. Run-run de voces. Varias toses distanciadas. Un siseo prolongado. Y una voz queda, pausada, que absorbe en aspiración neumática el run-run, las toses y el siseo.

El presidente del Ateneo, don Rafael Dorao, con gesto forense, descubre sobriamente con unas frases la ecuación lumínica del conferenciante.

Al levantarse éste se oye un tableteo alentador, y las butacas vacías, se desperezan con rabia.

PROYECCIÓN

Toda conferencia al ser pronunciada, constituye una proyección del espíritu del que la pronuncia.

Si esto ha sido siempre verdad, más que nunca lo fué ayer.

Cuatro espíritus repletos de densidad se desbordaron por las candilejas a impulsos de la frase desgranada en largas ramas de sauce funeral,

con ribetes de modernismo, del delicado conferenciante.

Garcilaso, Fray Luis de León, Lope y Cervantes, envueltos en una luz distinta cada uno, fueron chisporroteando en forma de ruedas de artificio un poco de su alma granítica, profunda, incommensurable.

* * *

Garcilaso, el amor caballeresco según Gardoqui, nos ofreció una luz blanca, como la blanca piel de doña Isabel Freyre que puso en las estrofas del desdichado poeta las quejas inimitables de su desventura.

Fray Luis se volcó sobre el público entre chispas de un azul pálido, sereno y divino, acompañadas de aquel:

manso ruido
que del oro y el cetro pone olvido.

Lope, el monstruo acaparador de todo amor humano, brilló rojo, encendido entre mieles y amarguras, como aquella pobre barquilla que en un momento de lucidez presenta como imagen de su vida.

Cervantes, por fin, apareció, en una suave tonalidad gris plata — la coloración antes del orto

y después del ocaso — abarcándolo todo en amplio abrazo humano, hecho de lágrimas y de ilusiones, comprensivo y cordial como la quintaesencia de lo más depurado de la raza.

* * *

Y la conferencia terminó entre una efusiva salva de aplausos que mostraron el recalo que en las resonancias íntimas de cada oyente logró la proyección lenta — tal vez muy lenta — y un poco falta de matiz, de la palabra impecable del señor Gardoqui.

REFLEJO

Toda conferencia tiene un reflejo.

Para hallarlo hay que mirar al público cara a cara, sin miedo, con desfachatez, con severidad.

* * *

El reflejo de ayer fué muy complejo.

Un análisis minucioso nos llevaría, con seguridad, a conclusiones inesperadas.

Hubo un momento de halago. Varios de interés desbordante, de gran avenida primaveral.

Unos pocos de marcada decepción—¿incomprensión? ¿fruto de psiquis cambiante?—. Y, al final, un atisbo de la gran labor de selección que la conferencia representaba y una clara intuición del valioso formato íntimo que don José Gardoqui fué vertiendo pausadamente sobre todos con un gesto lleno de unción benedictina.

* * *

En la sala, al quedar de nuevo vacía, se notaba el reflejo sonriente y acariciador que deja siempre en todas partes una manifestación de arte delicado y puro.

ESTÉTICA

Paciente lector: He de confesarte que no me interesa muchísimo tu parecer acerca de esta pequeña glosa que te ofrezco; pero por si acaso hallas que peca de extravagante y de modernista en algunas de sus partes y sientes necesidad de pedir una explicación, voy a darte en dos apotegmas la estética que la ha inspirado:

Primero: En el arte y en la vida, todo es cuestión de perspectiva.

Segundo: En el violín del diablo, las cuerdas son tripas humanas, y los sonidos, desgarrones de vulgaridad.

No tengo que decirte que si esta estética no te convence, me es a mí imposible darte otra por aquello ya tan conocido, de que los pararrayos de la ciudad cantan una canción que sólo la galena— la buena galena — es capaz de registrar.

¿Vale? . . .

COLOFÓN

Estas líneas se escribieron al día siguiente de ser pronunciada por el Sr. Gardoqui su brillante conferencia.

Consigno el momento para que se pueda comprobar, más tarde, el tiempo exacto que los fariseos de la literatura me dejen con vida.

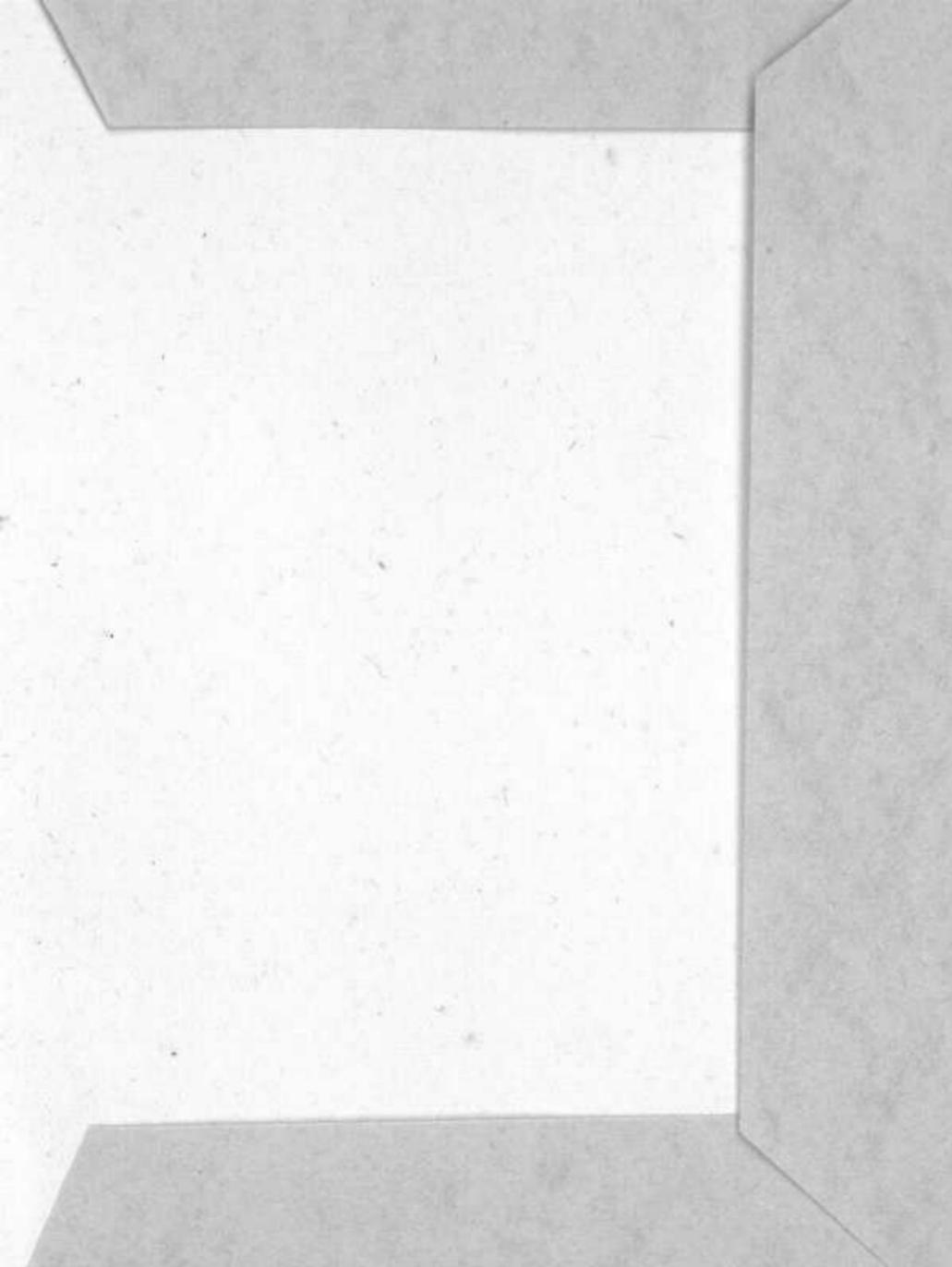
RAFAEL FERRER FORNES

Burgos - Febrero - 1928.

IMPRIMIOSE EN BURGOS

EN LA

IMPRESA ALDECOA



1. 21

1. 21